

Colombia frente al Siglo XXI

Fernando Uricoechea

Profesor del Departamento de Sociología,
Universidad Nacional de Colombia

**Time present and time past
are both perhaps present in ti-
me future And time future
contained in time past.**

**T.S. Eliot, "Burnt Norton", I,
Four Quartets.**

I. Introducción¹

Todos sabemos que el oficio de profeta no casa bien con el oficio de sociólogo. No obstante el poderoso atractivo de la función predictiva que el naturalismo científico quiere imputarle a la ciencia, el sociólogo bien informado, para parafrasear el concepto de Alfred Schutz, no ignora que la sociología no coincide con ese concepto naturalista de ciencia y que, por tanto, para ella, la función predictiva implica riesgos de naturaleza epistemológica que entorpecen y empobrecen su genuina capacidad de conocer.

En el campo de las profecías, lo más que le está permitido al sociólogo, en su calidad de historiador, es ese papel de profeta retrospectivo que en alguna ocasión definiera Friedrich Schlegel: o sea, nuestra capacidad de revelar la vida oculta en el pasado .

Revelar la vida que nos depara el futuro es otra historia. Nuestra habitual reticencia a embarcarnos en ese tipo de tarea no descansa apenas en las dificultades intrínsecas de la predicción en el campo de la conducta social a las que acabamos de hacer alusión. Descansa también, se me ocurre, en una convicción íntima que muchos compartimos de manera implícita pero que en raras ocasiones hacemos explícita, a saber: que, antes que sistema, el mundo social es historia y, como tal, reacciona a las determinaciones legales.

Esa convicción íntima sobre el carácter

1 Trabajo presentado en el IV Coloquio Colombiano de Sociología, Cali, Universidad del Valle, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Departamento de Ciencias Sociales, Noviembre 27-30 de 1990.

2 Cf. Ernst Cassirer, *An Essay on Man: An Introduction to a Philosophy of Human Culture*, New Haven and London: Yale University Press, 1962, p.178.

3 Estoy hablando, por supuesto, de tendencias que de ningún modo eliminan la presencia de lo histórico en la dinámica social.

fundamentalmente histórico del mundo social tiene raíces simultáneamente éticas y estéticas. Éticas en cuanto que fuera de la historia no es concebible nuestra autonomía moral y, a fortiori, nuestra libertad, lo cual constituye una de las lecciones que nos quiere transmitir toda literatura anti-utópica de carácter futurista a la Orwell. Estéticas en cuanto que la función epistemológica de nuestra fantasía, facultad sin la cual se perdería mucha de la gracia que nos enriquece, se ve brusca y brutalmente recortada cuando el horizonte abierto de lo histórico es substituido por los confines paramétricos de lo sistémico.

II. Estructura e historia.

Pero al lado de nuestras convicciones coexisten los hechos. Y de pronto esos hechos son omina, indicios mágicos, que parecerían dar plausibilidad a la tesis que sirve de orientación para el desarrollo de esta charla, a saber: que con la aurora del nuevo siglo, el orden social colombiano comienza a dejar de ser un orden fundamentalmente histórico y está pasando a ser uno predominantemente sistémico³.

Esa transformación no tiene nada de original ni de peculiar. Después de todo, es precisamente en esa dirección que apuntan los procesos de cambio social de las sociedades contemporáneas. Hacia allá apunta, por ejemplo, la substitución profunda y apocalíptica -en su acepción original, por ahora- de la producción por la ciencia como principio de organización de la vida social. O, en tono

***con la aurora del nuevo siglo,
el orden social colombiano
comienza a dejar de ser un
orden fundamentalmente
histórico y está pasando a ser
uno predominantemente
sistémico***

hay asimismo hechos teóricos, indicios racionales, que confirman la tendencia al predominio de la estructura sobre la historia. Y esos hechos tienen que ver con el ocaso actual de cierta modalidad de cambio social asociada a la comunidad y el fortalecimiento de otra modalidad, asociada al ámbito de la sociedad como sistema.

menor, la creciente "despolitización" de la vida pública de la sociedad de masas y la concomitante burocratización de sus estructuras políticas.

Con todo, aparte de esos hechos empíricos, aparte de esas tendencias internacionales que registra la sociedad contemporánea hacia su transformación creciente en "estructura", hay asimismo hechos teóricos, indicios racionales, que confirman la tendencia al predominio de la estructura sobre la historia, Y esos

hechos tienen que ver con el ocaso actual de cierta modalidad de cambio social asociada a la comunidad y el fortalecimiento de otra modalidad, asociada al ámbito de la sociedad como sistema,

Y es que una buena manera de identificar la presencia vigorosa de la vida comunitaria en el seno de toda sociedad consiste en conocer los modos típicos de cambio social que operan dentro de ella. Brevemente, podríamos señalar dos modalidades características del cambio social en las sociedades que se organizan alrededor de una orientación normativa de naturaleza comunitaria.

La primera modalidad la constituye el cambio exogenamente inducido. Dejadas a su propia suerte, las comunidades representan organismos sociales fuertemente integrados que pueden perdurar reproduciendo sus mismos patrones indefinidamente. La teoría social ha percibido, con razón, que las comunidades son prácticamente organismos sin historia: son estructuras "naturales" con escasísimo comercio con el mundo exterior, con su medio ambiente. En cierto sentido, su fortaleza y vigor descansan en su propio aislamiento con respecto al mundo exterior. Carecen, por consiguiente, de capacidad adaptativa frente a los cambios que se operan en su rededor por sus mismas condiciones naturales de desarrollo. Su capacidad de metabolización de eventos o de fuerzas extrañas, ajenas, es muy débil. Las comunidades son como los niños: organismos saludables pero tremendamente frágiles ante cualquiera vicisitud, ante cualquiera novedad. Este modo de ser de la comunidad la hace entonces, vulnerable al impacto de cualquier contingencia sobre su estructura. De ahí, pues, su deficiencia para incorporar y asimilar contingencias sin ninguna modificación substantiva de su identidad. De ahí, pues su fragilidad ante la historia. Cuando ésta toca a su puerta, la comunidad se desgringola y comienza, fatal, paulatina e inexorablemente su conversión en una "estructura".

La segunda modalidad de cambio social



típica de las estructuras comunitarias es el cambio endógenamente inducido como resultado de la acumulación de efectos provenientes, a su turno, del fortuito surgimiento y de la fusión de dos poderosas y novedosas instituciones sociales en el seno de las organizaciones sociales elementales: la jefatura y el individuo. Pero no el individuo como categoría social, como pieza, por ejemplo, del mercado: apenas como categoría política, i.e. como portador de poder arrebatado a la propia comunidad. Y no la jefatura como función difusa y espontánea para la conducción de la colectividad sino la jefatura como posesión deliberada y personalmente arraigada y transmisible.

Cuando el cambio es exógenamente inducido, la historia que la comunidad enfrenta fortuitamente es una entidad o fuerza madura y vigorosa. Cuando el cambio es endógenamente inducido, la historia que aparece larvariamente en el seno mismo de la comunidad no tiene aún los rasgos definidos y precisos que posee la historia que proviene del exterior. La primera historia, la que germina larvariamente, típicamente termina dando por fruto grandes imperios y estructuras civilizacionales. Y la otra historia, la que irrumpe fortuitamente, habitualmente genera sociedades económicamente orientadas con una gran complejidad funcional y estructural como sólo sabe hacer el genio capitalista.

Pero en ambos casos, la historia, una vez asentada en el interior de la comunidad, comienza su proceso disolvente y problematizador mediante sus agentes más eficaces: los intereses y el poder. Y en ambos casos, también, llega el momento en que la estructura generada paulatinamente por la propia historia acaba por disolver a ésta: el comienzo de la estructura se presenta, entonces, también como el comienzo del fin de la historia. El mito, por crear, de la estructura aparece como el opuesto del mito, ya creado, de la historia, del tiempo, en fin, de Cronos: ahora no es, como antaño, el padre quien devora a sus hijos: hogaño es el hijo quien devora a su padre: una

***las grandes sociedades
de hoy se han transformado
en sistemas cibernéticos
prácticamente inmunes a
procesos de cambio
históricamente inducidos
desde adentro
o desde afuera***

representación, por lo demás, muy a tono con los tiempos modernos. Así pues, las grandes sociedades de hoy se han transformado en sistemas cibernéticos prácticamente inmunes a procesos de cambio históricamente inducidos desde adentro o desde afuera. La ocurrencia de que las sociedades contemporáneas puedan típicamente transformarse como fruto de accidentes imprevistos es cada vez más insólita y más ilegítima en términos teóricos: sólo un accidente tan monumental como la misma estructura sobre la que incide tendría probabilidades de estar preñado de eficacia como motor de cambio. Una sociedad cuyo destino dependa en buena parte todavía de lo fortuito, de lo accidental, no es considerada como una sociedad contemporánea o, en la a veces afortunada jerga anglosajona, como un *going concern*. La noción contemporánea de sociedad, tan inevitablemente solidaria con la noción de sistema, exige que minimicemos o extirpemos de su ámbito algunos de los elementos más caros a nuestra sensibilidad: sentimientos colectivos, comunión ritual, participación simbólica y que, en su lugar, acentuemos otros rasgos impersonales como funcionalidad, equilibrio, estabilidad, etc.

III. La Historia de Nuestra Historia

Por más paradójico que pueda parecer, el influjo de la historia sobre nuestro pasado nacional es bastante breve. La verdad es que hasta bien entrado el siglo XIX, la dinámica

organizacional e institucional de la sociedad colombiana descansó fundamentalmente en dos grandes pilares: por un lado la lógica pragmática impuesta por las instituciones coloniales articuladas alrededor de un complejo histórico reducido -la Conquista y la Colonización del territorio- pero de consecuencias contundentes y apocalípticas. Por el otro lado, la lógica opuesta y tributaria de las culturas indígenas que lograron sobrevivir y adaptarse al impacto de la historia, lógica compartida y paulatinamente fortalecida por la contribución de la cultura y de la sociedad campesinas.

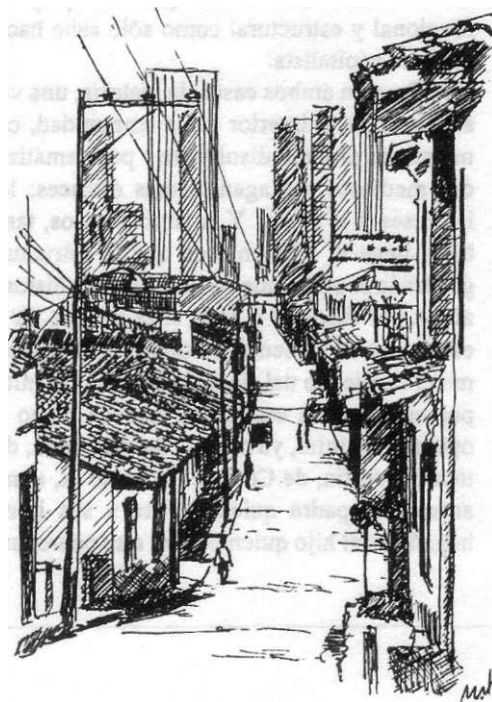
La primera lógica, un lenguaje fundamentalmente histórico, gozó, no obstante, de influencia en una área bastante reducida aunque clave: el mundo de confines estrechos de la ciudad colonial y republicana y el mundo de centralidad maltrecha del Estado. Porque el Estado y la ciudad, categorías históricas augustas en el desarrollo institucional de la cultura y de la sociedad europeas, fueron otra cosa en nuestro espacio institucional. En primer lugar, el Estado verdaderamente vino a asumir plenamente las funciones de tal apenas en el último cuarto del siglo pasado con el surgimiento de un Estado central y unitario⁴. Y la ciudad, por su parte, mantuvo hasta bien entrado el siglo xx rasgos tribales de tal intensidad que las categorías antropológicas genéricamente empleadas para sociedades elementales son, por mas extraño que pueda parecer, igualmente aplicables para la ciudad colombiana de la primera mitad de este siglo⁵. En segundo lugar, el Estado y la ciudad no substituyeron, como era de esperarse de acuerdo con su función típica en otras latitudes, gradualmente el mundo prehistórico, cuasi-mítico propio de las culturas indígenas y campesinas que cohabita-

ban en su periferia y aún dentro de ellos mismos. Muy por el contrario: de hecho, fortalecieron el desarrollo de una sociedad aldeana un poco al margen de la historia.

La segunda lógica, arropada en un lenguaje más mítico que propiamente histórico, alejada de la pompa y de la circunstancia tan propias de la primera lógica, más muda que elocuente por vocación, ha jugado un papel decisivo para el desarrollo histórico nacional. El espacio social de esta lógica es el que corresponde a las instituciones campesinas y al mundo rural en general. Estructuralmente se caracteriza ese espacio por bajísimos niveles de lo que la ciencia social anglosajona denomina como "structural conduciveness" o sea la capacidad de inducción "espontánea" del cambio. Una de sus funciones, primordialmente a lo largo de la historia republicana temprana, ha sido la de facilitar la forja de una identidad cultural con arraigo regional. Otra de sus funciones importantes pero intermitentemente activada y peculiarmente criolla sorprende por su singularidad: su papel como generadora de accidentes históricos. Función criolla, repito, porque en el modelo clásico, el europeo, la ciudad y el Estado, una vez consolidados mo-

4 Cf. Fernando Uricoechea, Estado y burocracia en Colombia: Historia y organización, Bogotá, Empresa Editorial Universidad Nacional, 1986, esp. caps. iii y iv.

5 Para una ilustración monográfica de este punto de vista, cf. Fernando Uricoechea, "resabios tribales y cosmopolitismo periférico: Bogotá y Cartagena en 199" in Revista Colombiana de Sociología, Bogotá, Nueva Serie, Vol. 1, No. 1, Enero-junio 1990.



***De lo que sí no cabe duda,
no obstante, es que
el Frente nacional representa
el canto del cisne del viejo
orden oligárquico que
antes de perecer
definitivamente acentúa
hasta el extremo sus rasgos
más característicos:
el carácter cerrado y
excluyente del régimen
político***

nopolizan y concentran en su interior todas las fuerzas portadoras de la historia. Desde la época moderna, la historia europea se construye como una negación de su pasado campesino y aldeano y de su tradición mítica y religiosa. Se construye en el espacio político facilitado por el Estado y en términos de la oposición de las clases que gravitan en el espacio urbano: burgueses y proletarios. En nuestro caso, por el contrario, la carencia de burgueses y de proletarios stricto sensu condujo a que la historia no se hiciese en el interior del Estado sino entre el Estado y su circunstancia⁶. Entre nosotros, pues, la historia aparece en buena medida como expresión de "la otra lógica": como revolución comunera, como colonización campesina, como movilización indígena. La historia de largo aliento, de *longue durée*, se gesta, pues, paradójicamente fuera del espacio institucional moderno, en diálogo con él.

IV. El Frente Nacional: Politización, Secularización y Racionalización.

Probablemente no sea una exageración considerar el Frente Nacional como el accidente institucional más importante del presente siglo por sus efectos sobre el sistema políti-

co nacional. De hecho, es tentador afirmar que el sistema político no habría cambiado tanto ni tan de prisa sin el Frente Nacional pero proposiciones contrafácticas como esa no son susceptibles de refutación. De lo que sí no cabe duda, no obstante, es que el Frente nacional representa el canto del cisne del viejo orden oligárquico que antes de perecer definitivamente acentúa hasta el extremo sus rasgos más característicos: el carácter cerrado y excluyente del régimen político.

Pero desde nuestra perspectiva, la consecuencia a largo plazo más significativa e inesperada del nuevo pacto político fue el doble movimiento consistente en incorporar la historia al seno del sistema y, al mismo tiempo, replegar el espacio político hacia la periferia del mismo.

En efecto, se inicia entonces un desplazamiento involuntario pero inevitable del eje de oposición: si hasta entonces ésta última había sido partidaria y dentro del circuito reducido del establishment, a partir de ahora, con la eliminación pactada de los conflictos partidarios, se inaugura la oposición al sistema: la oposición a las nuevas voces políticamente movilizadas pero por fuera del sistema. Por otra parte, la civilización de las costumbres políticas que el pacto trajo consigo -y que el pensamiento de izquierda se resiste a aceptar como resultado de una confusión conceptual entre sistema y gobierno, entre funciones y políticas, entre instituciones y praxis- simultáneamente indujo a los outsiders, a los políticamente alienados, a tomar más clara conciencia de su status. Se potencializó de esta forma la tensión entre el sistema y su negación. Y al lado de ese proceso inesperado de politización se operó simultáneamente un proceso de secularización de consecuencias extraordinarias.

⁶ Para una evidencia impresionista pero preñada de significación sobre la vigencia de la percepción clasista del mundo social en la Europa de comienzos del siglo, sin equivalente alguno en nuestro medio, cf. VTadimir Nabokov, *Habla, memoria*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1986, Passim, y, en particular, p. 148.

El desplazamiento del eje del conflicto político hacia la periferia del sistema indujo, entonces, la modificación de la percepción o representación colectiva de la política como sistema por la política como comunidad. Paralelamente se da un cambio en el apoyo corporativo buscado por el Estado que favorece al proceso de secularización y de racionalización de la vida y de los sentimientos políticos al hacer trizas la vieja y centenaria complicidad entre política y religión gracias a la sustitución de la Iglesia por las Fuerzas Armadas en su función tutelar del Estado:

"Hasta entonces [es decir, hasta antes del Frente Nacional], la Iglesia había contribuido a enmascarar los intereses políticos, presentándolos como convicciones religiosas, como pasiones privadas. Pero, una vez excluida la Iglesia del teatro de la legitimación, los intereses políticos se enmascaran como ideales constitucionales para los cuales las Fuerzas Armadas sirven como garantía.

A partir de entonces, las demandas populares planteadas al sistema no se centran ya simbólicamente alrededor de la eventual identidad vicaria entre caudillo y pueblo sino alrededor de las probabilidades de trueque de eficacia por legitimación. Se inicia, por tanto, un otro momento que establece la transición entre historia y coyuntura, pasamos, ahora, de lo social como representación a lo social como decisión o, en otros términos, de lo social como estructura, como solidaridad, a lo social como estrategia, como cálculo"⁷

La secularización y domesticación de la pasión y la simultánea transformación de los

***La secularización y
domesticación de la pasión
y la simultánea
transformación de los
sentimientos en intereses
constituyen, a mi juicio,
las transformaciones más
revolucionarias de nuestra
cultura política en toda su
historia republicana***

sentimientos en intereses constituyen, a mi juicio, las transformaciones más revolucionarias de nuestra cultura política en toda su historia republicana. A partir de ese momento se puede afirmar con certeza que surge una cultura política moderna en Colombia.

V. Los albores del futuro.

Esa racionalización de la pasión y su metamorfosis en interés y la concomitante "desgalvanización" de la vida política constituyen el indicio más contundente de la transición institucional colombiana contemporánea de la "historia" a la "estructura" o, si se prefiere, de la comunidad al sistema. A mi juicio, la dinámica social e institucional del Estado y de la sociedad colombianos ha ido adquiriendo un carácter cada vez más "orgánico" en el sentido durkheimiano. La sociedad colombiana de hoy, y del futuro que ella augura, se encuentra gravitando progresiva y aceleradamente alrededor de la división del trabajo social al paso que la consciencia y los sentimientos colectivos han dejado de ser ya el centro de gravedad de la vida pública. Esa vida pública, a mi entender, está definida por una agenda de cuestiones de carácter más económico que político como resultado, al margen de los factores anteriormente mencionados, del proceso de "internacionalización" de nuestra econo-

7 Fernando Uricoechea, "Colombia: A dinámica da nova violência", Cuadernos de coyuntura, No. 17, Instituto Universitario de Pesquisas de Río de Janeiro, 1989, p.8. Las ideas sobre el Frente Nacional presentadas en este texto son un resumen de algunas de las tesis expuestas en el trabajo citado y en Fernando Uricoechea, "Las violencias de hoy: crisis agraria y crisis política" in Revista Universidad Nacional, Bogotá, No.19, Marzo-abril 1989, pp.10-15.

mía política y de la lenta pero continua transformación de nuestro sistema capitalista en un capitalismo de organizaciones.

Pero antes examinemos brevemente las modalidades que puede asumir el cambio social en estas nuevas circunstancias. Teóricamente, los sistemas sociales modernos están expuestos a dos modalidades de cambio. La primera, que llamaremos "cambio por movilización de voluntades", involucra a actores y grupos sociales que persiguen intereses y valores compartidos, expresados y representados por medio de movimientos sociales. La segunda, que denominaremos "cambio por organización" está asociada a procesos de reorganización de funciones y necesidades institucionales del sistema social. Mientras que los cambios por organización constituyen una respuesta a las exigencias funcionales de los órganos e instituciones del sistema, los cambios por movilización son una respuesta a las demandas sociales de colectividades⁸.

Lo peculiar de estas dos formas de cambio social frente a las dos formas típicas de las sociedades con estructuras comunitarias es el carácter eminentemente "evolutivo" que ellas asumen. No son, en efecto, el fruto de procesos de naturaleza "histórica", esto es, accidental o contingente, como es el caso en aquellas sociedades, sino que responden a presiones acumulativas que se van agregando y sedimentando paulatinamente y que surgen como respuestas a "déficits" institucionales de alguna naturaleza, para ponerlo en términos extremos, típico-ideales, son formas estructurales y no históricas de cambio social.

Aquí no voy a ocuparme de las perspectivas de transformación que se insinúan para el futuro inmediato en función de la dinámica

de los procesos de reorganización del sistema, o sea, de las perspectivas de "cambio por organización". Quiero concentrarme preferiblemente en las posibilidades de transformación provenientes de los procesos de movilización que han comenzado a forjarse en la sociedad colombiana desde hace relativamente pocos años. Y, particularmente, en la identificación y examen de las que a mi juicio constituyen las tres cuestiones políticamente más portentosas para el siglo venidero, a saber:

1. La transformación de la representación.
2. La politización de las asociaciones de intereses y
3. La construcción de una nueva identidad política.

V.1. La transformación de la representación.

La estructura elitista y oligárquica del régimen político colombiano a lo largo de los siglos xix y xx ha reposado en la constitución y cooptación de grandes clientelas predominantemente rurales antes que en la movilización política de clases sociales. Al nivel de la participación, ello vino a repercutir en la for-

⁸ Un desarrollo analítico de estos dos tipos de cambio y de su filiación teórica originalmente durkheimiana junto con algunas aplicaciones empíricas se encuentra en Fernando Uricoechea, "Colombia e América Latina século XXI: Cenários de mudança, Lúa Nova: Revista de Cultura e Política, No. 21, Centro de Estudos de Cultura Contemporânea (CEDEC), Sao Paulo, Outubro, 1990, pp.105-116.



marión de sistemas "cuasi-políticos", clientelistas, de representación pública de intereses privados que desvirtuaban las pretensiones "universalistas" de todo esquema moderno de representación. De hecho, el origen y el carácter clientelista de nuestro esquema de intermediación de intereses no proviene, como creen muchos, del contexto rural de la vida política sino, predominantemente, de la ausencia de un genuino contexto burgués como espacio para la agregación y articulación de los intereses de las clases sociales. Tan es así, que con la urbanización acelerada del territorio en la segunda mitad de este siglo, el modelo cliente-

*el origen y el carácter
clientelista de nuestro
esquema de intermediación
de intereses no proviene,
como creen muchos, del
contexto rural de la vida
política sino, predomina-
mente, de la ausencia de un
genuino contexto burgués
como espacio para la
agregación y articulación
de los intereses de las
clases sociales*



lista de representación de intereses se impuso igualmente en el seno del nuevo espacio urbano.

Los mecanismos clientelistas sólo comenzaron a hacer agua a partir del momento en que, con la progresiva modernización económica que adquirió pábulo hacia el final del tercer cuarto de este siglo, las clientelas urbanas plantearon necesidades cuyo cubrimiento no podía, por su misma magnitud y diferenciación, ser satisfecho por los partidos tradicionales. Esta tendencia vino a ser reforzada por otros dos procesos igualmente vigorosos: en primer lugar, el desarrollo del capitalismo agroindustrial y la consiguiente modernización de las expectativas de los sectores rurales incorporados a la economía de mercado y, en segundo lugar, el desarrollo vertiginoso y revolucionario en más de un sentido de la narcoeconomía y su impacto en la redefinición colectiva de las aspiraciones económicas de vastos sectores populares y medios. El resultado agregado de todas estas tendencias fue el de una transformación definitiva de la estructura de intereses en el seno de la sociedad civil. Una vez dada esa transformación, el sistema bipartidista existente se mostró incapaz de dar representación adecuada a esos intereses privados en la esfera pública.

Allí radica uno de los diagnósticos posibles para entender la decadencia actual del modelo bipartidista. En efecto y como era de esperarse -y reproduciendo un proceso que también se dio en Europa pero hace exactamente cien años- el debilitamiento de la estructura señorial y oligárquica dio origen al surgimiento de nuevos partidos y movimientos políticos como el Nuevo Liberalismo y la Unión Patriótica, para sólo mencionar los primeros en surgir.

Otra perspectiva complementaria para comprender la quiebra del modelo bipartidista tiene que ver igualmente con las características restrictivas que ha asumido el proceso de representación de intereses en nuestro medio político. Como es sabido, los regímenes poli-

ticos liberales funcionan sobre el supuesto "clásico" según el cual la representación política con base parlamentaria y territorial es suficiente para dar cuenta de toda la multiplicidad y variedad de demandas sociales. Ese supuesto comenzó prontamente a ser cuestionado en el ámbito europeo tan pronto como el desarrollo del capitalismo a la vuelta del siglo provocó transformaciones substantivas en la estructura de intereses de la sociedad civil que obligaron a diseñar nuevas y complementarias estructuras funcionales de representación. Desde entonces, se tiene consciencia de que la representación parlamentaria con base territorial es insuficiente para responder a toda la gama de intereses privados que aspiran a ser públicamente representados.

La respuesta a esa insuficiencia estructural de las democracias liberales en el plano de la representación vino a ser dada por la institucionalización de modelos pluralistas de intermediación de intereses articulados alrededor de un conjunto variado de asociaciones autónomas, de orígenes múltiples, que surgen espontáneamente y que compiten entre sí por el reclutamiento y apoyo ciudadano para presionar organizadamente por la satisfacción de sus demandas e intereses ante los organismos del Estado.

Uno de los síntomas del desarrollo perverso de la representación de intereses en nuestro medio consiste, precisamente, en la atrofia, por no decir virtual inexistencia, de modelos complementarios de representación funcional, en otras palabras, en la atrofia del pluralismo. La representación política de cuño parlamentario continúa siendo aún hoy en día el único camino ideológicamente reconocido como instrumento de intermediación de intereses. La hipertrofia secular del dominio del Estado, por una parte, y la atrofia igualmente secular de nuestra sociedad civil se han conjugado para que todavía hoy los instrumentos de representación de intereses privados necesariamente tengan que pasar por el sistema de partidos. Nuestros partidos han inhibido la

Uno de los síntomas del desarrollo perverso de la representación de intereses en nuestro medio consiste, precisamente, en la atrofia, por no decir virtual inexistencia, de modelos complementarios de representación funcional, en otras palabras, en la atrofia del pluralismo

capacidad de los, por lo demás endebles, grupos de intereses para formular sus propias demandas pragmáticas retroalimentando, de esa forma, la debilidad de tales grupos y el sano desarrollo de formas pluralistas de representación. Esa dinámica no le conviene a la nación del futuro y no refleja adecuadamente los cambios que se están dando en la sociedad colombiana del presente.

Ahora bien, la movilización política sin precedentes que se ha estado gestando en todos los espacios de la vida nacional parece indicar que, en el futuro inmediato, la representación funcional de intereses privados mediante asociaciones creadas para tal fin tendrá un papel mucho más importante en la vida pública que el que juega actualmente. Y las próximas décadas darán, con toda probabilidad, testimonio de esos cambios.

V.2. La politización de las asociaciones de intereses

De forma extremadamente sintética se podría afirmar que la transformación histórica más significativa del desarrollo político del capitalismo en los últimos ciento cincuenta años ha consistido en el desplazamiento del

centro de gravedad institucional del mundo de la propiedad al mundo del trabajo y de la organización. En buena medida, dicha transformación refleja tanto la superación del capitalismo liberal competitivo e individualista como la incorporación de los sectores populares a la escena política y de las grandes organizaciones a la esfera del mercado económico.

Dichos cambios no podían dejar de ir acompañados de transformaciones igualmente significativas en la esfera de la participación y de la representación política. Algunos de ellos, relacionados con la esfera de la repre-

s a / parece que al desplazarse la problemática del área de la propiedad a las áreas del trabajo y de la organización, el contenido de la política y, particularmente, los objetivos y metas a conquistar se redefiniesen más en términos pragmáticos que estrictamente ideológicos

sentación, fueron rápidamente examinados en la sección anterior. Ahora me voy a detener en el examen de las características del proceso de politización que ha asumido la movilización de los intereses privados por fuera de las estructuras partidarias propiamente dichas.

En ese sentido, el cambio quizás más importante consiste en la desideologización de las demandas provenientes de la sociedad civil. Tal parece que al desplazarse la problemática del área de la propiedad a las áreas del trabajo y de la organización, el contenido de la política y, particularmente, los objetivos y metas a conquistar se redefiniesen más en términos pragmáticos que estrictamente ideológi-

cos. Al lado de ello, la disminución progresiva de la función integradora de los partidos políticos -función que era conquistada gracias a la articulación de intereses generales y de forma agregada y que ha ido disminuyendo significativamente en los sistemas políticos de los países capitalistas avanzados una vez que esos partidos cumplieron con su tarea de incorporar al sistema político a los nuevos sectores recién movilizados de manera "controlada"- esa disminución, repito, propicia aún más el ensanchamiento de ese espacio para la intermediación de intereses más específicos por parte de las asociaciones de intereses.

Dentro de este contexto, cualquier diagnóstico con respecto al futuro en nuestro país tiene que partir de un hecho fundamental: la bajísima y débil institucionalización de una política de grupos de intereses, como resultado de la monopolización del proceso de reproducción del sistema político por parte de los dos partidos tradicionales. No obstante, el esquema partidista tradicional se está mostrando ineficaz como instrumento de mediación general de intereses y buena prueba de ello es la proliferación de asociaciones de intereses para la articulación de demandas provenientes de grupos indígenas, feministas, agrarios, ecológicos, de consumidores, etc. De manera, pues, que nuestros partidos tradicionales, por primera vez en nuestra historia, han definitivamente comenzado a dejar de constituir una fuente de integración social para sus miembros. En cierta forma, se está reproduciendo aquí el mismo patrón de desarrollo político que se dio en Europa hace ya más de medio siglo, a saber: el debilitamiento ideológico e integrativo de los grandes partidos una vez que las masas urbanas han sido incorporadas pacíficamente dentro del sistema de mediación de intereses, que dan cabida tanto a la agregación y movilización de necesidades funcionales y pragmáticas -empleo, estabilidad laboral, control inflacionario, salud y vivienda, para mencionar las más típicas- como a la formulación de demandas de tipo simbólico e integrativo que inciden

en la redefinición de la jerarquía de valores culturales.

Hay que hacer, con todo, una salvedad importante con respecto al paralelismo de los dos patrones de desarrollo político: mientras que en Europa el desarrollo temprano del Estado benefactor y el desarrollo de las clases hizo posible una "división del trabajo" en el proceso de representación de intereses de forma tal que los intereses del capital y del trabajo se reprodujeron por medio de la creación de estructuras neocorporativas de representación y los valores simbólicos de arraigo comunitario se expresaron mediante estructuras pluralistas, en Colombia, por el contrario, la debilidad de las clases sociales y el desarrollo apenas larvario del Estado benefactor han impedido la formación de estructuras neocorporativas de representación de los intereses del capital y del trabajo, de manera que los partidos políticos aún continúan funcionando como vehículos para la intermediación de intereses corporativos, retardando así la "división del trabajo" antes mencionada con respecto a la representación de demandas sociales.

V.3. La construcción de una nueva Identidad política

La disolución del bipartidismo, el ensanchamiento del espacio democrático y la movilización creciente de sectores y grupos hasta entonces marginados, en suma, las transformaciones recientes que, como vimos, han inducido cambios en el campo de la representación y de la politización de intereses privados dentro de la organización política colombiana plantean, para concluir, un problema de gran consecuencia para el futuro del sistema político colombiano, a saber: la construcción de una nueva identidad política.

No hay duda de que ese proceso de construcción de una nueva identidad política constituye uno de los cambios más significativos en el mundo político colombiano que se inaugura con el nuevo siglo. Tampoco cabe la menor duda sobre el hecho de que la arquitec-

tura de ese nuevo sistema reposa en el nuevo marco constitucional que diseñe la Constituyente. Pero cualquiera que sea el resultado de sus deliberaciones, la nueva identidad tendrá repercusiones sobre los siguientes aspectos de la vida política:

1. **La gestación de una nueva "cosmología" política.** Una cosmología es una concepción del mundo o sea, una idea del modo como se encuentran ordenados e interrelacionados los diferentes componentes de ese mundo. Y toda cosmología contiene un esquema y unos criterios de interpretación con los cuales

*los partidos políticos aún
continúan funcionando como
vehículos para la
intermediación de intereses
corporativos, retardando así
la "división del trabajo"*



le confiere sentido y valor a los hechos.

Pues bien, como vimos antes, Colombia no sólo ha dejado atrás una concepción "mítica" de lo político. La nueva concepción de lo político como una dimensión de lo social que se puede organizar alternativamente alrededor de los intereses puede privados con la ayuda de estructuras asociativas distintas a las tradicionales del mundo político parlamentario necesariamente genera una visión diferente del mundo. Esa nueva visión va muy probablemente a redefinir tanto las relaciones entre lo público y lo privado como los dominios de operación correspondientes a cada uno de ellos. Es muy probable, consecuentemente, que uno de los efectos futuros más significativos de todo ese proceso desde la perspectiva de una sociología de la cultura política colombiana radique en una redefinición del concepto de Estado, lo cual constituye el tema de discusión a seguir.

2. La nueva representación del Estado.

Este constituiría el segundo cambio más significativo de la nueva identidad política. De entrada, es posible afirmar que en el nuevo estado político que se está gestando en Colombia, el Estado deja de ser la realidad eminente que fue hasta ahora. El desarrollo sin precedentes de nuestra sociedad civil invita a pensar que a partir de ahora el mundo institucional deja de ser exclusivamente definido por el poder público y que los grupos y asociaciones civiles tendrán una voz y una participación más decisivas en la definición de los alcances de la acción del Estado y de los derechos ciudadanos. En otras palabras, los procesos de

negociación y de representación funcional de intereses privados en la esfera pública limitarán el carácter "imperial" que hasta entonces tuvo lo "político" en nuestro medio.

Es muy probable que simultáneamente con el proceso anterior se dé una inmediata revisión del carácter políticamente tutelado de nuestra cultura nacional. El mundo privado va a tener una mayor resonancia institucional en la medida en que el carácter autoritario e intolerante del Estado sea substituido por el de un Estado más pluralista y democrático que no es indiferente a las diferentes voces y expresiones que surgen del mundo privado.

3. Una nueva estructura motivacional e ideológica. Para concluir, toda cosmovisión política está montada sobre una estructura motivacional e ideológica que opera simultáneamente como un mecanismo de "inducción" para activar-los sentimientos de lealtad y de pertenencia políticos y como un patrón para definir la legitimidad de los espacios respectivos de los diferentes ámbitos institucionales-doméstico, económico, cultural, político-. La "estabilidad" de la estructura motivacional e ideológica de todo sistema político es, como se puede inferir de lo anterior, capital para el mantenimiento y estabilidad del sistema político. Y es esa estructura motivacional e ideológica del sistema político colombiano actual la que está siendo sometida a una fuerte revisión. De esa revisión muy probablemente saldrá una nueva concepción de los derechos ciudadanos, una nueva agenda de obligaciones públicas y un nuevo código de moral política.